

Sumario:

M. O. A. C. — Esto fué el Cursillo Comarcal — Hemos empezado ya (Editorial) — ¡Libertad! por el Rdo. Juan Pellisa, Pbro. — Asociaciones parroquiales, por J. Viñallonga — ¿Reforma del Calendario? — La Iglesia y los obreros, por P. Illa — Próxima visita del Sr. Obispo — En torno a la «Crua de Terme», por Luis Roira — Además, nuestras habituales secciones de «Cuento», Orientación moral, Deportes y Modas.

EDITORIAL

HEMOS EMPEZADO YA

El Catecismo Parroquial ha abierto sus brazos, amplios y generosos, a todos los niños de nuestra ciudad. Es prematuro todo juicio acerca del desarrollo y eficacia del curso que acaba de empezar, sin embargo no podemos prescindir de algunas consideraciones en torno a cuestión que, en definitiva, tan importante puede ser para la vida ciudadana.

La aspiraciones del Catecismo Parroquial podemos reducirlas a dos: acoger al mayor número de pequeños y realizar entre ellos una fecunda labor formativa.

La consecución plena de ambas aspiraciones es obra primordialmente de los padres de los niños, por lo que a la primera se refiere, y en cuanto a la segunda lo es en especial de todos los que, a este trascendental campo de apostolado nos dedicamos.

La organización de un Catecismo Parroquial no es cosa que se improvise en un momento, ni tarea que pueda dejarse al arbitrio de cada uno de los catequistas. En los sobres que el día 2 de octubre se entregaron a los fieles para que en ellos depositaran su donativo se hablaba de un Catecismo modélico, eficiente y moderno. Sí, esto es lo que por primera vez en nuestra ciudad se ha enfocado con toda decisión: lograr la máxima eficacia en la educación catequística mediante una organización moderna del plan de enseñanza. Por consiguiente se ha procurado hacer agradables, a la vez que instructivas, las horas durante las cuales los pequeños irán siendo instruidos en las verdades fundamentales de nuestra fe por medio de unas lecciones sencillas que les proporcionen la Doctrina muy desmenuzada, lecciones que se distingan, de modo especial, por su flexibilidad.

Por primera vez se pondrá en práctica el método de enseñanza por medio de juegos —la gran pasión de los niños— que recapitulando cada una de las lecciones, las grabarán profundamente en las sencillas mentes de los pequeños.

La uniformidad del plan de enseñanza durante todo el curso será otro de los factores que contribuyan a la eficacia de nuestra obra.

Como se ve ningún esfuerzo se ha regateado para conseguir un Catecismo digno de la misión que debe desempeñar; tocará ahora a los padres corresponder por su parte a la consecución de los elevados fines que la tarea catequística persigue.

Además, y por encima de todo, en las manos del Señor ponemos nuestra obra.

¡LIBERTAD!

Carta abierta a un hombre libre

por JUAN PELLISA, Pbro.

N. N.:

AUN no comprendo cómo un hombre formado cristianamente, cual tú, se haya atrevido a formular conceptos tan banales y con tanta frivolidad y desenfado acerca de muy delicados temas. Ayer nos hablabas de tu viaje a Francia contando maravillas de lo que has visto; quien te oyera creería que nada de lo nuestro se podía comparar con lo de allí... Y sobre todo, ¡la libertad que allí se tiene! Y para botón de muestra esgrímame un periódico que a mi modo de ver era inmundo y que a ti te llenaba de admiración. Y cuando más tarde te referías a la libertad en los vestidos, y las costumbres, los espectáculos y las publicaciones, he sentido la vergüenza de ver prostituida la honradez pública de una nación en nombre de una palabrita que en muchos apenas llega a concepto: la libertad.

Quisiera decirte algo de esta libertad que tanto ponderas. Según tus palabras, en ella se cifra el objetivo principal de toda civilización, la base de todo bienestar, la norma de toda convivencia. Y en esto también tú has sido víctima del error fomentado por quienes bajo la bandera de la libertad ocultan a veces fines inconfesables.

Sin duda que el ídolo de moda del mundo actual es esta tan cacareada libertad. Nunca como ahora se había hecho de ella programa político y ello a pesar de que nunca había estado tan ausente de la política como ahora. De la libertad se hace un fin de la vida, objetivo de la investigación científica, de las luchas morales y físicas, del régimen estatal de los pueblos. Aun los grandes convenios entre las naciones usan, como para no caerse, de esta muletilla...

Y no creas que vaya yo ahora a demostrarte lo contradictorio: sería absurdo que alguien en nuestros tiempos quisiera argumentar en pro de la esclavitud. Lo que sí quiero hacerte notar es que, si aquéllos es justo, no contiene sin embargo toda justicia, y del hecho equívoco de tomarlo por toda justicia viene a menudo este fetichismo de darle a la libertad un valor absoluto sin regatearle preeminencia alguna.

Realmente, el logro de la libertad de espíritu, es decir, de la facilidad en el hombre para el libérrimo uso de sus facultades internas y externas, es el objeto de toda moral, toda cultura y todo ordenamiento colectivo; lo que es absolutamente falso es que en ello consista su fin último. ¿De qué nos servirían unas facultades expeditas sin tener objetivo a que consagrarlas? ¿De qué sirve el brazo robusto o la inteligencia aguda sin tarea que cumplir o verdad que comprender?

Si así fuera nos pasaríamos la vida contemplando en inútil narcisismo la perfección de unas facultades ociosas.

Es verdad que esto no lo defiende nadie en el mundo, pero, si te fijas, no es menor verdad el que quienes defienden la libertad como supremo ideal vienen a dar en la misma absurda consecuencia.

No es otro el sentido de la tan combatida condenación del liberalismo por la Iglesia. No se condena la libertad sino la erección de la libertad en último fin de la vida, pues la Iglesia sabe bien que ni la vida ni la libertad se sostienen sin un ideal posterior que ambas tienen que lograr. Así como no hay moral posible sin un mínimo de dogma, así tampoco hay libertad posible sin un mínimo de ideal. No se trata pues de que la Iglesia pretenda destruir el liberalismo, sino que tiende a superarlo dando a aquella libertad tan ansiada por él un fin que en lugar de extinguirla la llena de intelectualidad y la hace entrar en la región augusta del mérito y de la gloria.

Así pues, es muy cristiano el defender toda libertad que trata de romper vínculos morales y materiales para dar a nuestras facultades una mayor facilidad de ejercicio; pero es esencialmente anticristiana la exaltación de la libertad como perfección última y supremo ideal, como si por encima de ella no existiera la Verdad y el Bien, esto es, el Dogma y la Moral, salvaguardando la libertad misma.

Y por eso, cuando ponderabas a nuestros vecinos dándoles una mano de barniz color libertad para disimular o embellecer sus desórdenes políticos y sociales, su aterrador aumento de criminalidad, su glorificación pública de la inmoralidad, creo que eras una víctima más de este "slogan" libertario de tan funestas consecuencias.

Te invito a la reflexión. Acuérdate de que el problema básico de la ética individual y social atañe al fin del hombre, y que la libertad no es más que un medio para alcanzarlo. Con razón dice un pensador moderno que el ditirambo del fin secundario es una enfermedad de los que ignoran, o pretenden ignorar, el fin principal, es una de las llagas más pestilentes de la literatura laicista.

El espíritu armado con el dogma católico tiene una ecuanimidad sobre los bienes secundarios de la vida que le inmuniza contra los juegos de palabras y contra cualquier deslumbramiento producido por luciérnagas de ideales transitorios. No ha nacido el hombre más que para dar gloria a Dios, y será solamente verdadera aquella libertad que le facilite el camino hacia El, flanqueado por la ley

Continúa en la pág. 5